

La universidad: heterotopía de crisis

Juvenal Baracco

**Discurso de orden por la apertura del año académico 2000.
Universidad Ricardo Palma.**

Señores:

Esta amable invitación del Sr. Rector es una oportunidad de abandonar mi tema académico usual, la arquitectura, y tocar temas conceptuales y filosóficos que no son mi campo, por lo que solicito su paciencia y comprensión.

En este papel intento proponer una teoría preliminar que englobe a la universidad, la enseñanza, para que desde allí podamos visualizar mejor el mundo que se nos asoma sin caer en teorías de ciencia ficción, y comprender que estamos en un tiempo de cambios acelerados con resultados impredecibles aún.

Las explicaciones del mundo desde la visión univalente de la modernidad y de las ideologías como utopías capaces de crear un mundo perfecto, hace mucho que fueron puestas de lado, no sólo por las vanguardias intelectuales, sino también por la realidad política y tecnológica, porque más hizo la demostración que los gobiernos occidentales podían controlar a sus ciudadanos mediante los rastros que dejaban las operaciones que realizaban con sus tarjetas electrónicas, que la política policial de la KGB o la Stasi, o que las teorías de la vanguardia francesa para derribar la muralla de Berlín y el sistema soviético. Por eso se dice que el siglo XX es el más corto de la humanidad: duró de 1914 a 1989 (la era de la aplicación de las ideologías y la producción, del estado del bienestar y la explosión tecnológica).

Y a pesar de que Marx dijo que al final de la historia todos los hombres serían poetas, nos hemos encontrado con que efectivamente esa historia terminó y que el tiempo ha continuado. ¿Es que ya somos poetas? ¿O es que la construcción de la historia no es la concreción de una utopía? ¿O quizá la historia no existe y es un invento del hombre para explicar porqué transcurre el tiempo real y así legitimar un dominio y justificar situaciones de otra forma inaceptables, o mejor dicho, el tiempo de los que escriben historia? ¿Y qué sucede con la versión de los que no la escriben?, o sea, aquellos que sufren bajo el peso del dominio de los vencedores.

¿Por qué no releer las relaciones humanas de forma multidimensional? ¿Será posible que haya varias versiones de un tiempo real? ¿Qué la historia sólo sea una ficción para ocultar y maquillar “humanizando” comportamientos salvajes a seres considerados inferiores, esclavizados o simplemente marginados u olvidados a propósito, como una forma de ocultar la miseria humana que inexorablemente tiene cualquier sociedad, disimulando ideológicamente aquello que no nos interesa que los demás se enteren? Y quizá esto sea más relevante, pues muchas veces es más importante lo que implícitamente niega el que afirma lo contrario y no quiere

que quien escucha o lea se entere lo que a ojos del lector disminuye la imagen que quiere transmitir, disimulando sus defectos o simulando virtudes que no posee, según la famosa teoría de los espejos infinitos de Braudillard.

Si reconocemos el tiempo como la realidad absoluta, podemos aceptar que el hombre a través de la historia ha inventado estructuras inteligentes para construir explicaciones que validen su supervivencia, su estar en el mundo, su esencia, y desde allí edificar una categoría de poder como centro productor de una garantía de vida: el bien.

Por eso, el invento más primitivo es el mal y, consecuentemente, la explicación más inmediata y elemental del mundo será la lucha entre el bien y el mal; luego vendrán los dioses versus la muerte, la cuestión del origen y el fin, etc., conforme se establece y explica categorías sociales, y la violencia explícita se convierte en implícita a través de las reglas de comportamiento del grupo que organiza estructuras sociales de dominio, y se complejiza la ley como médula del orden social.

Esto supone la historia como una estructura discontinua, superpuesta al tiempo real, de acuerdo a la evolución de la visión del mundo de la sociedad dominante, que no necesariamente es la del resto de la sociedad, que la ve de acuerdo con intereses específicos de diversas formas y que acepta la que construye su supervivencia. Éste es un fenómeno continuo y, cuando cada cierto tiempo estas explicaciones dejan de ser válidas como instrumento de dominio, ésta deviene en dominada y reemplazada por otra más eficaz, lo que Attali llama muy acertadamente un dispositivo para el logro de un orden específico, según una estructura ideológica que lo soporta; lo que supone la existencia y convivencia simultánea de varias "historias" dentro de una organización social, que viven "negociando" el tiempo real de acuerdo a su condición de dominadores o dominados.

El mundo occidental ha diferenciado hasta ahora seis órdenes:

- El primero es el caníbal, que pretendió separar a los cuerpos del mal (la muerte) para que éste no se traslade a los vivos. Es el más primitivo y exige la separación del cuerpo víctima del mal y del alma (el bien), mediante la desaparición del cuerpo, basándose en la violencia pura como teoría del poder ostentado por el físicamente más poderoso; es el concepto de los buenos y los malos (los otros).

- El segundo orden es el del sacrificio, que establece el mal como un castigo divino; un sacerdote que determina y controla la vida social como mediador que aplaca la furia de los dioses con un rito que se acepta como un castigo: el orden de la naturaleza es implacable e inexorable, el hombre es un prisionero que logra su libertad y sólo es posible amenguar éste cediendo parte de la vida que posee para proteger la del resto de los seres y usufructuar sus beneficios.
- El tercer orden es el de los dioses. Una institución, la iglesia, es la intermediaria especializada y promete la vida eterna mediante el acto de fe para salir del pecado, que es un estado de pre-muerte y, como tal tiene el privilegio y ostenta el poder de conceder la vida mediante el arrepentimiento o la penitencia, so pena del no regreso de la pre-muerte. Ella posee un control social absoluto, el cual delega al laico mediante negociaciones complejas sobre ámbitos del poder (los monarcas, sultanes, emperadores, etc.).
- El cuarto es el orden de los cuerpos, el intermediario es una autoridad laica. El hombre es el responsable del mal y se le separa de la sociedad denunciado por la policía y por amenazar la paz social (el orden dominante). Se separan los ámbitos de dominio, entre unos que detentan el poder material y la vida en el mundo y otro en el que el poder está más allá de la muerte física, en la vida eterna o la reencarnación; en occidente están muchas veces en conflicto (nunca en oriente).
- El quinto orden es el de las máquinas, entendiéndose en él al hombre como un aparato productivo que razona y cuya responsabilidad es trabajar, producir, y si algo falta debe ser reparado mental y físicamente y reintegrado en buenas condiciones. Según esto, sólo existe el bien material en el mundo, y la vida es un bien colectivo que se debe prolongar hasta un irremediable final: predomina la ética del trabajo como base del bienestar del estado benefactor que vela paternalistamente por sus ciudadanos.
- El sexto orden es el de los códigos, y se produce cuando la tecnología libera al hombre de la producción de bienes materiales y lo convierte en un productor especializado de servicios y en un acumulador de información y deseos de consumo. Se trata de un mundo lleno de códigos que simulan necesidades

que obligan al consumidor al máximo de producción intelectual para saciarlos y lo hace prisionero de sus deudas, y sumo, por el terror de que se produzcan cambios que rompan la cadena de su dependencia económica y lo marginen; el castigo consiste en retirarle las llaves (tarjetas) que le permiten la satisfacción del rito pavloviano dentro de una organización social muy compleja y casi virtual.

Esta visión de la historia no revisa las teorías que la definen, sino analiza las prácticas específicas y allí lee los contenidos resultantes. Si las utopías construyeron espacios de dominación a partir de las teorías que finalmente fracasaron por unívocas, y que la postmodernidad ha reemplazado por el cinismo nihilista, donde el único valor cierto es el momento en que se vive, aquí se pretende analizar las prácticas reales realizadas en dichos espacios y su forma de dominio y, desde allí, presentar las teorías que utilizan los mecanismos de ejercicio del poder. No es la historia contada por los triunfadores sino por los derrotados, que siempre fueron mayoría, y las prácticas de su exclusión como miembros ignorados y víctimas explotadas por el poder del cual depende su propio dispositivo.

El instrumento de ejercicio del poder son las heterotopías (como distinción de la condición unívoca de las utopías); espacios físicos o sociales que de diversas manera los grupos dominantes de una sociedad los aplican a los grupos dominados desde su visión del mundo. Son lugares y espacios que existen y han existido y existirán en todas las sociedades y que podemos clasificarlas en dos tipos: los de crisis y los de desviación, de acuerdo con las condiciones y los niveles de marginalidad de los individuos respecto a la sociedad y el orden determinado por el ejercicio del poder; condición que sólo se aplica a aquéllos que de una forma u otra no es posible conciliar con el orden dominante y que conforme se ha complejizado la sociedad se han hecho más temporales.

Las heterotopías son autónomas en el espacio y en el tiempo, y la ciudad no vive de ellas, y viceversa, dependiendo de su nivel de distancia del modelo social fijado por el poder; son constantes en todo grupo humano, pues siempre existen minorías marginales o semi-marginales.

Su función varía en el tiempo y en el orden. Un buen ejemplo son los cementerios, que antes ocupaban el centro de la ciudad en un orden que no se preocupaba por la

vida temporal sino por la vida eterna, siendo ahora marginales, en un momento que se supone que el hombre es el centro del orden productivo, por lo cual, cuando cesa es marginado o simplemente desaparece enterrado en una parcela periférica que simula un jardín, o es incinerado.

La heterotopía es un pequeño microcosmos que superpone espacios diversos y en conflicto, a veces por razones puramente metafóricas, siendo concebido como un mundo cerrado pero que a la vez puede ser abierto mediante un rito de entrada o de salida para iniciados, donde el tiempo no transcurre de la manera real. O es eternizable como en los museos o bibliotecas, donde no importa el momento que transcurre sino lo que hay producido para ser almacenado y recordado; es temporal y crónico, como en las ferias que se abren una o dos veces al año y el resto del tiempo no existen para la sociedad, acumulando infinitamente el tiempo según programaciones; o, finalmente, son totalmente ilusorias en un tiempo real, como en los burdeles, donde solo interesa un acto sexual; o es un espacio tan perfecto y ordenado que deviene irreal, por contraste del caos exterior que lo rodea, como en los cuarteles, donde las relaciones sociales no existen porque es imposible un intercambio en un medio donde las jerarquías son infranqueables.

Supongo que a estas alturas no quedará la menor duda que estoy tratando de explicar la universidad como una heterotopía de crisis creada para individuos en transición de la adolescencia a la madurez en un mundo actual, donde la ideología de poder internacional es una sociedad en transición del orden de las máquinas al orden de los códigos, y que en la sociedad peruana las instituciones ejercen autoridad basada en el orden de los cuerpos, con un grupo docente que actúa por formación académica, basado en el orden de las máquinas, para estudiantes que van a ejercer sus carreras profesionales u oficios en el orden de los códigos y con padres que actúan en el mundo de los dioses (la construcción del Perú como sociedad organizada no ha evolucionado desde la colonia, pues la república democrática es un mito inventado para el intercambio global a cambio del control del territorio).

La universidad es un microcosmos donde se refleja la sociedad peruana actual, cuyos habitantes viven en el siglo XVIII, sus autoridades actúan como si estuvieran en el siglo XIX, los profesores en el siglo XX y los estudiantes van a ejercer en el siglo XXI.

Esta heterogeneidad es típica de las sociedades en evolución del siglo XX y explica su caos actual; pero en el próximo siglo la informática y la aldea global lo va trastocar y transformar, concediendo a los grupos minoritarios gran independencia por la información y un gran control por el consumo, lo cual deberá funcionar como un catalizador social. Esto también afectará las heterotopías actuales ése es el problema fundamental que nos va a afectar y sobre el cual debemos discutir.

Sé que es muy especulativo generalizar y es posible que también sea válida la hipótesis que la informática sólo sea una capa superior para una minoría privilegiada, como las ideologías fueron una manera de explicar un mundo que no existía para politizar a las vanguardias intelectuales y mirar con la misma lupa al obrero fabril europeo y al campesino andino.

Sin embargo, la tecnología tiene un valor real, pues es una herramienta que resuelve el problema de la distancia de la vivienda al trabajo, que urbaniza el campo y desurbaniza la ciudad: que la especializa para fines específicos y hace su concurrencia voluntaria y no casual, perdiendo su condición democrática como crisol de los encuentros ciudadanos, lo que es particularmente importante en el caso nacional, pues su loca geografía ha condenado a sus habitantes al aislamiento e introversión, que es parte del carácter nacional (en el futuro es posible incluso que la ciudad sea una heterotopía para los marginales incapaces de usar las máquinas).

Por otro lado, la acumulación de información exige una "educación continua", donde sea posible que la calificación profesional llegue a ser temporal, con exámenes de revalidación permanentes, que obliguen al adiestramiento continuo al ritmo de las innovaciones técnicas sucesivas, lo que se nota por primera vez en nuestra generación, que posee herramientas productivas muy distintas a la de nuestros hijos que emergen actualmente. Esta situación es posible que se agudice cada vez más conforme se acelere el cambio y se traslade el sector productivo a las máquinas, quedando los servicios para la labor de los hombres.

Actualmente no es posible tener una jefatura técnica de consultoría en lo profesional o ser autoridad docente sin un postgrado. En el futuro no podrá llevarse un trabajo si es que no se sabe manejar informática ni ser estudiante universitario: probablemente, para cursar una materia

se tenga que dar un examen preliminar de información, conocimiento y técnicas de manejo de ciertos programas; los exámenes podrán llegar a darse mediante cierto tipo de conferencias en "tiempo real" o con programas interactuantes de modelos, exactamente como los juegos de video de dificultad progresiva o la computadora que le ganó la partida a Karpov. ¿Será la virtualidad la condición de la universidad del futuro?

En cualquier caso, lo que se viene va a demoler no sólo los sistemas de enseñanza actuales sino también las instituciones existentes en general, pues las máquinas de aprender de dificultad progresiva, que ahora son juegos, pronto se aplicarán a muchas rutinas de enseñanza, para estudiantes adiestrados en éstas desde muy jóvenes.

Probablemente el único insustituible sea el profesor o tutor, que por su experiencia, conocimiento o temperamento, sea capaz de orientar al estudiante en la maraña electrónica del futuro, que abrumado por la magnitud de lo existente llegará a la conclusión que no es posible inventar nada nuevo (espíritu muy común en los estudiantes actuales del primer mundo) y que no es posible ganarle a las máquinas.

El ejercicio de la docencia probablemente se base en dos elementos fundamentales: el cultivo del pensamiento divergente que enseñe a reformular permanentemente los términos del planteamiento de los problemas para encontrar mediante la imaginación caminos no hallados por la máquina, creando nuevas formas de pensamiento; y el despertar de la sensibilidad y la pasión que mediante la intuición y la decisión, corte caminos y simplifique esfuerzos, anticipando soluciones a diversos programas de muchos pasos, para que de esa manera entregue a la sociedad los nuevos líderes que la lleven por las rutas que nuestro mundo desea, el motor del desarrollo personal.

La enseñanza deberá recomponer al hombre dependiente de la máquina y reinsertarlo en la naturaleza y en las habilidades artesanales que le ayudaron a sobrevivir miles de años; de cierta manera, como lo que sucede con el jogging y los gimnasios, hoy que los salvajes neoyorquinos ya no tienen que cazar para desayunar en las mañanas. Esto ocurrirá en el campo intelectual y sensible, desarrollándose instituciones para las artes y las letras, el pensamiento, la meditación y la discusión, donde se rehabiliten habilidades dormidas por la

rutina de las máquinas, a la manera de los ciudadanos griegos liberados de la supervivencia banal por los esclavos y sus riquezas; sólo que en este caso lo podrá hacer cualquiera, y en casi cualquier parte se habrá democratizado el pensamiento.

No quiero extenderme en las visiones del futuro que además existen en cualquier libro de ciencia-ficción, sino referir ahora cómo imagino que viene el futuro inmediato para nuestra universidad y sus problemas.

Ante todo, creo que esta universidad, para empezar a moverse, tiene que definir cuál es el sector intelectual o físico donde quiere trabajar, más allá de sus problemas económicos. Su supervivencia estriba en el espacio que ella cubra de los vacíos intelectuales y productivos que tiene nuestra sociedad actual y futura, enfatizando nuestros esfuerzos en pocas áreas, pero que sean las mejores; deberá encontrar sus nichos académicos y profundizarlos, evitando la dispersión de esfuerzos en actividades que otros pueden hacer mejor; deberá abarcar menos pero producir en tal profundidad que la valide a nivel nacional e internacional.

El segundo punto tiene que ver con la ética de la enseñanza: la universidad tiene que tomar la responsabilidad de formar debidamente a sus estudiantes, no transferir esa responsabilidad a los educandos. El hecho que un estudiante haya culminado un proceso de admisión significa que la universidad está obligada a crear las mejores condiciones académicas para que el estudiante logre las metas y expectativas que busca en esta institución; por lo

tanto, deberá preocuparse más de los que salen y no de los que ingresan.

El tercer punto tiene que ver con su organización, que debe ser rápida y flexible, para adaptarse a los cambios cada vez más radicales y urgentes, que necesitan los enfoques académicos que deben ser autónomos, pues la actual administración es una muy pesada carga para las facultades. El modelo centralizado al estilo de Fujimori es un arcaísmo y un lastre para el futuro desarrollo de la universidad, es un modelo del siglo XIX mal usado por la idiosincrasia nacional.

El cuarto punto tiene que ver con la renovación docente, pues la que existe es una generación cuyos enfoques académicos tienen mucho más que ver con el siglo pasado, debiendo pensarse en su reemplazo progresivo por egresados jóvenes de la URP, preparados con un sistema de becas al exterior, lo cual creará una mejor base docente que la actual.

El quinto punto tiene que ver con la infraestructura académica, a toda luz ineficiente: no sólo se trata de tener aulas, la diferencia de calidad en la enseñanza lo hace la instrumentación, el equipamiento y las posibilidades de auto exploración que le da ésta al estudiante.

El sexto punto tiene que ver con la selección del alumnado en el ingreso y los criterios de vocación especializada que actualmente se usa por no participar las facultades en el proceso, que no miden el talento de los postulantes sino su conocimiento, grave error académico.

El séptimo punto está en la simplificación de los sílabos y el sistema de cré-

ditos, que propicia muchos cursos especializados de bajo creditaje y pocos importantes con muchos créditos. Se debe concentrar la atención del educando en ciertos puntos clave de la carrera y no pretender cubrir todo, lo cual es imposible. El profesor no es capaz de competir con la documentación que existe disponible para cualquier curso, por lo que no está obligado a abarcar necesariamente todos los puntos de la enseñanza de dicho curso, solo debe enseñar a aprender cómo ejercer el conocimiento, es decir, que de los millones de datos que existen en el tema, cuál es el método para usar los necesarios para resolver lo que la realidad le plantee al estudiante en el futuro.

Y para concluir: la universidad, esa heterotopía de crisis, fue inventada por la sociedad cuando se institucionalizó el orden de los dioses y requirió de personal "iniciado" en las claves de la intermediación entre el poder o el bien y la muerte o el mal. Primero fue convento; luego institución laica, luego centro de producción de profesionales de alto rendimiento y, en el futuro, preparará a los creadores de códigos de la sociedad del deseo, pero siempre tendrá que resolver el problema humano más importante del estudiante: cómo crecer, cómo pasar de la adolescencia a la madurez, cómo estructurar un pensamiento holístico y divergente, y cómo recurrir a sus talentos dormidos por la indiferencia de la sociedad ensimismada en su rutina alienada y aportar a su cultura a pesar de ella misma.

Lima, 3 de abril de 2000 ■